

CENTENARIO DE "LAS FLORES DEL MAL"

Especial para EL PAÍS

El 28 de junio de 1857, hizo cien años cabales, aparecía a la venta en las librerías de París un volumen de poemas tirado a muy pocos ejemplares, destinado a la más alta gloria: "Las flores del mal".

Su autor pasaba entonces por ser hombre extravagante, un dandy descendido a una miseria escondida con vergüenza, un exaltado de que se citaban las frases cáusticas, sus excentricidades, de cuya relación con una mulata, Jeanne Duval, se hablaba, al tiempo de celebrarse su fineza de crítico artístico y literario. Se llamaba Charles Baudelaire y tenía 36 años. Sus autorretratos a la pluma, de ese año, lo muestran sombrío con una mirada dura y una boca amarga y consumida. Los Goncourt lo retratan en su Diario, diciendo que aparece en su casa "sin corbata, el cuello abierto, la cabeza rasurada, en verdadero atuendo de guillotinado".

En las 250 páginas del volumen que durante cuatro meses ha estado imprimiendo Poulet-Malassis en constante discusión con el autor, se colecciona su labor poética de quince años, en parte conocida por publicaciones fragmentarias en revistas; y algo más, un nuevo estremecimiento de la literatura como intuyó Hugo, una transformación lírica que actuará sobre el mundo abriendo paso a toda la poesía moderna.

Mucho de "Las flores del mal" puede estar muerto, y la disección del hombre creador de esos poemas que hace diez años intentó Sartre, corresponde a la centralidad del dolor y del mal que hoy vemos en esta confesión aparatosa y genial. Pero este libro orgulloso, que prefiere apelar al odio para eludir la piedad, rompe un velo ilusorio con que los hombres habían envuelto su peripeca sobre la tierra, y los muestra desnudos y desamparados en el mismo momento en que acometían la desmesurada empresa de crear la contemporaneidad. Este desvelamiento que parece altivez o desprecio, suena con un acento desgarrado por el drama interior, y el poeta puede clamar: Oh Satan, ten piedad de mi larga miseria.

Baudelaire se preguntó si su cerebro no era, acaso, un espejo embrujado. Así se llaman, espejos de brujas, esas pulidas láminas convexas que pueblan los fondos de los cuadros flamencos, capaces de absorber con impecable brillo un enorme salón, reflejando el minucioso conjunto de objetos, luces y sombras, y a los innumerables personajes que lo recorren. "Las flores del mal" son ese espejo de brujas que brilla en el rondo de nuestra sala sombría, y que recoge la belleza con un contorno maligno y tenebroso.

En la superficie del espejo las imágenes tienen una extraña nitidez y un frío rigor, y así son esos versos aparentemente tallados en el mármol parnasiano. Pero los objetos, las sensaciones, las ideas han cobrado entre sí una extraña relación al reflejarse en este espejo embrujado; un aura de siniestra, irresistible belleza los rodea; se despojan de las pesadas vestiduras tradicionales que se llamaban honor, bondad, buenos propósitos, y descubren un nuevo modo más hondo y desnudo de la vida, ese que ahora nos pertenece y nos conturba.

Cuando a los pocos días de aparecido el libro, cuando en París los ineptos reclaman drásticas sanciones contra la inmoralidad de algunos poemas, Baudelaire escribe a su madre, expresa lo que siente ante su obra: "Usted sabe que siempre consideré a la literatura y a las artes como persiguiendo un fin ajeno a la moral, y que me bastan la belleza de concepción y de estilo. Pero este libro, cuyo título "Flores del mal" dice todo, está revestido, como Ud. verá, de una belleza siniestra y fría; ha sido hecho con furor y con paciencia."

Pero el furor de París está hecho sin paciencia y el clamor de los hipócritas no vacila en la denuncia policial. Bourdin abre el fuego contra el libro con este "ejemplo" de crítica literaria: "Nunca se ha visto morder e incluso mascar tantos senos en tan pocas páginas. Este libro es un hospital abierto a todas las demencias del espíritu, a todas las podredumbres del corazón".

El proceso y la condenación del libro vienen enseguida y con ellos una gloria efímera, anuncio de otra permanente que Baudelaire supuso: "Se me rehusa todo, el espíritu de invención y incluso el conocimiento de la lengua, francesa. Me burlo de todos esos imbéciles, y sé que este volumen, con sus cualidades y sus defectos, hará su camino en la memoria del público letrado, junto a las mejores poesías de V. Hugo, de Th Gautier e incluso de Byron". Así fué: el libro tiene ya cien años.

Angel Rama.